

SOMOS HECHURA DE DIOS  
CREADOS EN CRISTO JESÚS PARA BUENAS OBRAS

ENSAYO 5 – SERVIR A OTROS —  
EL SELLO DEL CRISTIANO ES SERVIR A OTROS

POR

REV. GUILLERMO CARRERA  
SINODO EVANGÉLICO LUTERANO DEL PERÚ

PRESENTADO A LA REUNIÓN TRIENAL DE LA CONFERENCIA EVANGÉLICA  
LUTERANA CONFESIONAL 2014

LIMA, PERÚ

## **Introducción**

Mis amados hermanos y hermanas, en esta ocasión con la venia de los presentes y el agradecimiento infinito a Dios por sus múltiples bendiciones vengo a exponerles el tema de la santificación, que seguramente ya ha resonado en sus oídos. Santificación es una palabra directamente asociada con la iglesia. La santificación es el cántico que suena cada domingo. La santificación es la melodía impregnada en cada sermón. Parafraseando las palabras de Santiago diría: sin la santificación la fe está muerta.

No somos los primeros en recorrer este camino; muchos ya lo han transitado. Mucha tinta y hoja se ha gastado para hablar de la santificación. Este tema es tan amplio que en un breve ensayo es imposible tratarlo, pero ofreceremos nuestro mejor esfuerzo y pedimos al Señor su ayuda y guía para que podamos decir algo edificante acerca de la santificación.

Empezaré por presentar algunos conceptos básicos. En primer término es necesario saber qué significa santificación. Las Sagradas Escrituras hablan de la santificación en dos maneras diferentes. La santificación en el sentido amplio encierra todos los actos de la gracia divina por los cuales el Espíritu Santo conduce a una persona del pecado a la santidad. La santificación en el sentido estricto se refiere a la nueva vida que Dios permite al cristiano llevar como respuesta a su gracia. Es una nueva vida de agradecimiento por todo lo que Dios ha hecho por nosotros. Dios nos amó primero, entonces le agradeceremos haciendo su voluntad.

En este ensayo, usaremos la santificación principalmente en su sentido estricto. Nuestra concentración estará en la respuesta a la gracia de Dios que tenemos que dar como cristianos. Nuestro énfasis será la santificación de acuerdo con la segunda tabla de la ley. Tenemos una responsabilidad de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Servir a los demás. En particular, nos centraremos en tres formas de servir a nuestro prójimo: manteniéndonos puros sexualmente, con nuestra vocación y nuestra caridad.

### **El Espíritu Santo nos capacita para llevar una vida santificada**

Las leyes naturales no pueden ser quebrantadas sin la intervención de una fuerza exterior. Por ejemplo, el agua proveniente de la punta del cerro sólo subirá tan alto como su fuente de origen; a menos que se utilice una bomba, nunca subirá más alto. Lo mismo sucede con la naturaleza humana. La Escritura nos informa que nuestra justicia es como trapo de inmundicia (Isaías 64:6), por tanto no podemos esperar que de una naturaleza pervertida proceda una vida santificada. ¿Acaso pueden emanar aguas dulces del pozo amargo? De la misma manera, como el fruto venenoso no crece en árboles saludables que dan frutos comestibles, tampoco pueden crecer frutos saludables en árboles venenosos. No podemos esperar encontrar una vida santificada en el hombre natural por esta razón que Jesús le dijo a Nicodemo: si no naces de lo alto, no entrarás en el reino de los cielos (Juan 3:3). Por tanto, es vano e inútil pensar que la vida santificada pueda brotar y crecer en el hombre natural.

Entonces, la pregunta de lógica elemental es: “¿de dónde proviene?”. Nuestra respuesta es que la santificación proviene de una conversión verdadera producida por el Espíritu Santo. De un

nacimiento espiritual que es únicamente producido por los medios de gracia (Palabra y Sacramento). Hasta el momento de nuestra conversión, no hay ni la más mínima sombra de bondad en nosotros. La Biblia dice que estamos muertos en nuestros delitos y pecados (Efesios 2:1). A los ojos del mundo podremos tener buena reputación y ser honorables, pero a los ojos de Dios no somos más que pecadores. Si pudiéramos ver nuestros corazones con el espejo de la ley, veríamos muchas cosas allí que ahuyentarían de nuestro pensamiento la simple suposición de una vida santificada. Nuestro corazón es tan depravado e inmundo, que estamos convencidos que mientras no sea cambiado es imposible encontrar una vida santificada en el hombre no convertido e injusto.

La vida santificada emana de una constante influencia espiritual ejercida sobre nosotros, desde el tiempo de la conversión hasta nuestra muerte. “Sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche” (Salmo 1:2). No podemos pretender tener una vida santificada si no permanecemos en su Palabra. Para producir frutos, tenemos que estar irrigados por las corrientes de agua viva de la Palabra de Dios. No basta con plantar un árbol y luego dejarlo a su suerte, sino hay que regarlo, abonarlo etc.; de la misma manera pasa con la fe que se crea en nuestro corazón. Si no la alimentamos, pronto perecerá inexorablemente.

Además, nosotros no somos árboles independientes, sino sólo somos pámpanos injertados en la vid verdadera. La vida santificada surge *de la unión con Cristo*. Nosotros creemos que en la medida que un hombre se reconozca y se sienta uno con Jesús, tendrá una vida santificada más plena. El propio hecho de que Cristo y el cristiano se conviertan en uno, vuelve al cristiano semejante a Cristo. ¿Por qué ese pámpano produce uvas? Simplemente porque ha sido injertado a la vid, y por tanto participa de la naturaleza del tronco. Por tanto, la única manera por la que puedes producir fruto para Dios es siendo injertado en Cristo y unido con Él. Por tanto, la santificación es resultado de una unión vital con Cristo. Esta unión se establece a través de la fe. “El que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto” (Juan 15.5). El pámpano que no lleva fruto no es una rama viva de la vid. Ante los ojos de Dios, una unión con Cristo meramente formal y sin fruto no tiene valor alguno. La fe que no tiene una influencia santificadora en el carácter del creyente no es mejor que el creer de la forma en que lo hacen los demonios: es una fe muerta, no es el don de Dios. Donde no hay una vida santificada, no hay una fe real en Cristo. La verdadera fe obra por el amor, y es movida por un profundo sentimiento de gratitud por la redención. La verdadera fe constriñe al creyente a vivir para su Señor y le hace sentir que todo lo que puede hacer por Jesús, quien murió por sus pecados, no es suficiente. Al que mucho se le ha perdonado, mucho ama. El que ha sido limpiado con su sangre, anda en luz. Cualquiera que tiene una esperanza viva y real en Cristo se purifica, como Él también es limpio (Santiago 2.17-20).

Por tanto, ahora que hemos sido injertados en Jesucristo, ahora que el Espíritu Santo vive en nosotros, presentemos frutos. Amemos a Dios y a nuestro prójimo. No seamos olores sino hacedores de la Palabra. “Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos” (1 Juan 3:14). Por lo cual demos respuesta a la obra que el Espíritu Santo ha hecho en nosotros. Es la voluntad de Dios que hagamos el bien a todos, especialmente a los de la familia de la fe (Gálatas 6:10). Mostremos nuestro sello ayudando a nuestro prójimo en las diferentes situaciones de su vida.

## I. La pureza sexual en un mundo de impureza

La sexualidad es una de las más maravillosas obras de Dios. Por medio de la misma se da el conocimiento íntimo entre dos personas y la procreación. Sin embargo, si se sale de los límites marcados por el Creador, se convierte en una pasión brutal. El río es una bendición para la agricultura, pero cuando se sale de su cauce, lo arrasa todo. De la misma manera la sexualidad, que es una bendición, se convierte en un arma destructiva para la vida moral y física del hombre.

### 1.- A modo de historia

Si deseamos entender lo que es una sexualidad plena y correcta a la cual debemos apuntar en nuestras vidas santificadas, tenemos que remontarnos a los albores de la creación. Dice la Biblia que cada especie fue hecha “*hembra y macho*”, y cuando Dios se dispuso a hacer la corona de su creación, el hombre, diseñó para él una compañera. Pero, ¿qué pensaba Dios en esos momentos en que se dispuso a hacerle compañera al hombre? Si al crearla la había hecho “mujer”, era porque había colocado una distinción de diferencia, le había dado una naturaleza diferente en el área sexual, para que realizara un fin determinado: “y los bendijo Dios, y les dijo: *Fructificad y multiplicaos*; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra” (Génesis 1:28). ¿Y cómo puede multiplicarse si no tiene una hembra? Entonces Dios observó al hombre, analizó su necesidad y su misión y dijo: “No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él” (Génesis 2:18).

¿Por qué esta reflexión de Dios? ¿Es que acaso el hombre no tenía quien le lavara la ropa? No tenía ropa. ¿Es que acaso necesitaba una mujer para que le limpiara la casa, le cocinara, y le hiciera la comida? No había nada de esto. Entonces, ¿qué impulsó a Dios el hacerle al hombre una compañera? Dios vio la soledad del hombre; necesitaba un complemento, una ayuda idónea. Él sabía que el hombre solo no podría reproducirse. Fue entonces que ejecutó la primera operación quirúrgica de la historia. Durmió al hombre, y tomó de su costado una costilla y formó una mujer, y al despertar el hombre y ver a su compañera exclamó: “Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona,<sup>1</sup> porque del varón<sup>2</sup> fue tomada. Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Génesis 2:24). Queda claro del pasaje anterior que la sexualidad es entre dos personas varón y mujer. Un servicio mutuo.

En el huerto de Edén comenzó a funcionar entre Adán y Eva una sexualidad desposeída de morbosidad, distorsión y maldad. El hombre vivía para satisfacer a su esposa, de igual forma hacía la mujer, pues sus cuerpos no les pertenecían a ellos mismos, sino que el uno era para el otro. Este principio lo revela Pablo cuando afirma: “El marido cumpla con la mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con el marido. La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer” (1 Corintios 7:3-4). En este inicio el varón y la mujer eran puros sexualmente antes y después de tener relaciones sexuales. Ése es el derrotero a lo que nosotros apuntamos cuando hablamos de la

---

1 Heb. *Ishshah*.

2 Heb. *Ish*.

pureza sexual. No busquemos simplemente nuestra satisfacción sino la satisfacción de nuestro cónyuge siguiendo el orden que Dios ha establecido.

Continuando con la historia de Adán y Eva, vemos que mientras no habían desobedecido a Dios, y la voz de Satanás no había entrado en sus corazones, vivían el uno para el otro; pero cuando entró el pecado, lo primero que hizo el hombre es “*verse a sí mismo*”, y encerrarse en ese egoísmo que marcaría desde ese momento a toda la humanidad: “Entonces fueron abiertos los ojos de ambos; [y *viéndose a sí mismo*] y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales” (Génesis 3:7).

Este egoísmo, entronizado en la naturaleza humana, llevó al hombre a una actitud de búsqueda de placer para sí mismo, más que a una satisfacción mutua. Así aparecieron las pasiones sexuales desenfrenadas. Pero todo fue a través de un proceso de degradación. Si estudiamos el libro de Génesis, descubrimos que la gran mayoría de los hombres de Dios practicaron la poligamia. Abrahám tuvo relaciones con su criada, bajo la autorización de su mujer (Génesis 16:1-3), ya que ésta era estéril y no podía darle descendencia, y Dios no condenó tal acción, aunque no fue de su agrado, pues sólo reconocería al hijo de su esposa, Isaac. Jacob, de igual forma, tuvo, además de su esposa, otras mujeres con las cuales procreó hijos. Todas estas acciones Dios las pasó por alto, pero esta tendencia degeneró, pues al principio el fin era la procreación, y la mujer legítima autorizaba las demás relaciones para cumplir este fin. Pero llegó el momento de que el hombre cambió el fin (tener descendencia) para buscar el medio (satisfacer sus apetitos carnales). Entonces vino la legislación sobre el divorcio (Deuteronomio 24:1-5). Jesús analizó esta realidad, y dio una reflexión sobre el divorcio:

Entonces vinieron a él los fariseos, tentándole y diciéndole: ¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa? Él, respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre. Le dijeron: ¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla? Él les dijo: *Por la dureza de vuestro corazón* (el subrayado es mío) Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así. Y yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada, adultera (Mateo 19:3-9).

Analicemos la expresión “*dureza de corazón*”. Los hombres comenzaron a abusar de la sexualidad. No sólo se unieron con otras mujeres bajo el visto bueno de su esposa, sino que comenzaron a hacerlo simplemente por el placer, sin importarles el sentimiento de su esposa, es más, la desecharon y la abandonaron. Se dejaron llevar por sus propios deseos carnales en vez de seguir la ordenanza de Dios. A esto Jesús llamó “*dureza de corazón*”, pero afirma que el propósito de Dios no fue eso, sino la unión íntima *sólo* de un varón y una mujer hasta que la muerte los separe.

De esta manera Dios, al crear al varón y la mujer, lo hizo para que se satisficieran mutuamente pero sólo dentro de los límites permitidos, es decir, el matrimonio. El Señor fue permisivo en algunas situaciones, pero no podía tolerar tanta depravación y desvirtuación del

matrimonio. Por tanto, se condena como pecado el adulterio y la fornicación, proclamándose como fundamento único del matrimonio la fidelidad en “el lecho sin mancha” (Hebreos 13:3). Éste es lo que se dio en el principio y es la cima a la cual nos dirigimos en nuestra vida santificada.

## **2.- Los pecados sexuales**

Es natural que el hombre se acueste con una mujer, pero cuando esto se ejecuta desde una perspectiva de “liberalidad”, fuera del matrimonio, el acto natural entra a la dimensión de “pecado” que es una ruptura a la ley de Dios. En cuanto a lo sexual, existen dos categorías básicas de pecado: la fornicación y el adulterio. El adulterio es la relación sexual entre un hombre casado y una mujer que no es la suya, o entre una mujer casada y un hombre que no es su marido.

La fornicación expresa una relación sexual antes de estar casado y fuera de un matrimonio. El vivir juntos, sin un matrimonio, y el tener prácticas habituales con varias mujeres sin estar casado, etc., es un acto de fornicación. Esta actitud refleja una vida dominada por la carne, poseída por el pecado, y esto no es mantenerse puros sexualmente: “Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia” (Gálatas 5:19). En el concepto griego y hebreo, “fornicar” significa cualquier tipo de inmoralidad sexual, y no tan solo relaciones pre-matrimoniales. Se usa para referirse a veces al adulterio, (Mateo 19:9, Oseas 1:2) y también a actos sexuales contranaturales, como la homosexualidad y el lesbianismo (Judas 7).

De manera que toda acción que se sale del marco de lo dispuesto por Dios en su ley, se cataloga pecado. Porque el pecado es infracción de la ley (1 Juan 3:4), aunque podemos afirmar que algunas acciones pueden ser más graves que otras. No porque Dios tenga categorías de pecado, sino por las implicancias que tengan para quién la cometa y cuánta afectación pueda traer a nuestro prójimo. Por ejemplo, la homosexualidad afecta a la sociedad. Ya no habría núcleo familiar, ya no habría hijos, etc.

Sin embargo, en nuestro tiempo se quiere legislar a favor de la homosexualidad. Algunos hacen apología y teología al respecto, ignorando las afirmaciones del apóstol Pablo cuando dijo:

Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas; pues aun sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza, y de igual modo también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío. (Romanos 1:26-27)

El hombre vive pensando que es tiempo del cambio. Algunos llaman a este cambio “modernidad”. En el área sexual han aparecido grupos que favorecen la unión civil entre personas del mismo sexo. Ellos piensan que se tiene que aceptar a los homosexuales, porque en pleno siglo XXI no se puede vivir atrofiado en el túnel del tiempo. Algunos congresistas promueven los derechos para los homosexuales, pero se olvidan todos ellos que la ley de Dios no cambia. Dios es inmutable. Por tanto, el mantenernos puros sexualmente no era solamente para los hombres que vivieron en el pasado, sino es para cada uno de nosotros.

## ¿Es posible la pureza sexual en nuestro tiempo?

En esta época en que vivimos, el sexo se ha convertido en un negocio bien rentable. Entre las industrias ilegales o destructivas que dominan el mundo moderno, además del narcotráfico, el contrabando de armas, la corrupción, está *la explotación sexual*. Esta inducción a la depravación sexual favorece a los que negocian con la prostitución, la pornografía, trata de personas, medicamentos afrodisiacos y a médicos que practican cambios sexuales y el aborto. Para afianzar el negocio del sexo se necesita explotar la imagen femenina, usando los atractivos de la mujer como enganche para la publicidad, además de forjar una serie de “teorías” que favorezcan la fornicación y las perversiones sexuales. Una de ellas es la absurda afirmación de que no es posible guardarse casto para el matrimonio, y recomendándole a los adolescentes a vivir una vida sexual libertina, promoviendo la industria el uso del condón como supuesta garantía de protección sexual.

En nuestro mundo, la virginidad en la gran mayoría de las mujeres es un unicornio que vivió en el pasado y en la fantasía, porque en la realidad la gran mayoría de las mujeres llegan con una cierta experiencia sexual al matrimonio. ¿Y qué de los varones? A los varones se les alientan a tener relaciones sexuales prematuras. Tanto es así que muchos padres acompañan a sus hijos a la casa de una prostituta para que les haga “debutar” (tener su primera relación sexual) y se vuelvan hombres. Otros se burlan diciendo que no tener relaciones sexuales da cáncer. Uno de los misioneros nos contaba una anécdota de su vida; cuando era un adolescente fue a un campamento y una chica le dijo que si no había tenido aún relaciones sexuales, entonces no había vivido.

La tendencia liberal de la sociedad es promover la relación sexual segura, aceptando como normal la fornicación en adolescentes y jóvenes, por lo cual se hacen campañas del uso del condón para evitar las enfermedades de transmisión sexual. El mensaje en los colegios del Perú básicamente es, si tienes relaciones sexuales, cuídate de contraer enfermedades sexuales o quedar embarazada. Los padres de familia en su gran mayoría y preferentemente en las ciudades le dicen al hijo varón: “Hijito, vas a salir con tu enamorada; entonces aquí está el dinero extra para tu preservativo”. Pero poco o nada se hace para promover el principio bíblico de la castidad, única garantía de prevenir el SIDA y la causante de la existencia de miles de madres solteras e hijos sin padre, así como el aumento de la terrible crueldad del aborto.

La castidad tenemos que cultivarla en nuestras vidas, siguiendo el principio bíblico de la santidad. Nuestros hijos tienen que crecer desde pequeños en el temor de Dios como principio de sabiduría (Proverbios 1:7), así y una correcta educación sexual, para resistir la tremenda propaganda sexológica que alienta el erotismo. Tenemos que enseñarles desde pequeños que no aman al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si ellos aman al mundo, el amor del Padre no estará en ellos. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre (1 Juan 2:15-17). En este marco tenemos que enfatizar la pureza sexual, definiendo la línea entre lo lícito e ilícito, lo recto e incorrecto, lo bueno y lo malo, lo que es de acuerdo a la voluntad de Dios, y la voluntad de los

amigos, de los medios de comunicación, etc. (mundo). El sello del cristiano es seguir la voluntad de Dios y no del mundo.

Pero todo parece que en este tiempo es más difícil mantenernos puros sexualmente. Sin embargo, podemos decir que los corintios sufrían de tentaciones parecidas a las que hoy tenemos. Por ejemplo, en la ciudad de Corinto estaba localizado el templo dedicado a la diosa pagana Artemisa, donde los ritos religiosos incluían actividad sexual. Aproximadamente había 1000 sacerdotisas que en realidad trabajaban como prostitutas. La religión pagana estaba estrechamente relacionada con la inmoralidad sexual. Sin embargo, a pesar de esta realidad, Pablo les dice a los corintios que se apartaran de la inmoralidad sexual (1 Corintios 6:12-20).

Pero hoy es mucho más frecuente hablar de temas relacionadas con el sexo, incluso entre los líderes de las iglesias. El tema sexual ahora es más descarado, más comentado. ¿Cuáles son los temas de los programas de espectáculos? ¿Cuáles son las escenas más esperadas en las telenovelas? Simplemente hablar de sexo. En nuestro tiempo la sexualidad es más liberal; la gente se alarma menos; se predica menos en contra de ella. Se tolera más. A tal punto que las relaciones sexuales prematrimoniales son justificadas incluso por algunos miembros dentro de nuestra iglesia. En una ocasión un hermano me preguntó: “Pastor, ¿por qué han suspendido al seminarista?”. Le contesté: “Porque su enamorada salió embarazada”. Y me respondió: “¿Qué, por eso nada más?”. Pues para el hermano era una simple debilidad, como expresión natural de amor entre dos personas.

En medio de todo este maquillaje al tema sexual, el llamado de Dios no se altera en lo mínimo: él nos llama a mantenernos puros sexualmente porque este mandamiento no sólo tiene repercusiones individuales, sino también afecta nuestra relación con los demás. Por ejemplo, es egoísta de parte del varón decirle a su enamorada: “Dame la prueba de tu amor” (pedirle que se acueste con él). Otra expresión del egoísmo es decir que las mujeres son como los pañales “Huggies”; se usan, y luego se botan. De esta forma, lamentablemente, la mujer se ha convertido en objeto sexual desde siglos atrás: “Viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres” (Génesis 6:2).

Sabemos que Dios nos ha creado para responder diferentemente a los estímulos sexuales. Los varones respondemos más a los estímulos visuales; las mujeres responden más a los estímulos emocionales: palabras, detalles. Por eso Dios hizo a las mujeres hermosas, y puso en el corazón del varón la galantería y la caballerosidad, pero esa bendición se desvirtúa cuando aprovechamos de ello para seducir al pecado al otro. Por ejemplo, las mujeres para sentirse deseadas se visten con ropas que resalten su cuerpo. Algunas se ponen minifaldas, blusas escotadas. Los varones utilizan su caballerosidad y su verbo florido para seducir a la dama.

Recordemos que todo nace con el deseo, luego se utilizan las palabras y termina en la relación física. Pero algunos consideran sólo la última como algo grave; sin embargo el pensamiento y las palabras son considerados algo sin importancia. Jesús nos dice: “Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (Mateo 5:28). Así que, sin importar qué tan lejos ha llegado una persona, basta con desear y codiciar en el corazón para haber fallado en la pureza sexual.



No obstante, no sólo el pensamiento sino también las palabras: “Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes” (Efesios 4:29). Entonces para mantenernos puros en este asunto tenemos que evitar los chistes colorados, frases de doble sentido, especialmente lo que sugiere algo sexual, insinuaciones pícaras, contar historias de aventuras inmorales, etc. No seamos piedra de tropiezo para los demás; más bien, como dice Lutero, llevemos una vida casta y honesta en palabras y obras (*Catecismo Menor*).

Es importante notar que de todos los males que una persona pueda hacer, el que le causa más daño a su cuerpo es la inmoralidad sexual. “Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornicar, contra su propio cuerpo peca” (1 Corintios 6:18). El apóstol Pablo pregunta: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros?” (v. 19). Noten el énfasis en templo, o santuario, y es inconcebible que el Espíritu Santo puede habitar en un santuario sucio y profano.

A estas alturas más de un oyente se habrá preguntado: ¿Cómo nos mantenemos puros sexualmente? ¡Huyan!, es la respuesta para el cristiano. “Huyan de la inmoralidad sexual”. Tenemos ejemplos en la Biblia de hombres y mujeres que fueron fieles al Señor. Podemos recordar la vida de José, el hijo de Jacob, que injustamente fue vendido como esclavo por sus hermanos, y después de ser puesto sobre todo en la casa de su amo, la esposa de su amo lo seducía para que se acostara con ella.

Aconteció después de esto, que la mujer de su amo puso sus ojos en José, y dijo: Duerme conmigo. Y él no quiso, y dijo a la mujer de su amo: He aquí que mi señor no se preocupa conmigo de lo que hay en casa, y ha puesto en mi mano todo lo que tiene. No hay otro mayor que yo en esta casa, y ninguna cosa me ha reservado sino a ti, por cuanto tú eres su mujer; ¿cómo, pues, haría yo este grande mal, y *pecaría contra Dios?* (Génesis 39:7-9).

José enfrentó la tentación del pecado sexual pero salió victorioso. No por él mismo sino porque recordó la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es nuestra arma principal. David pidió a Dios un corazón limpio (Salmo 51:12). La oración es otro de los elementos para luchar contra las tentaciones sexuales. ¿Por qué el rey David cometió adulterio? Por la ociosidad. El trabajo y el deporte son actividades que nos ayudan a mantener nuestras mentes ocupadas, para que el maligno no tenga oportunidad para tentarnos. Otro elemento es no usar sustancias nocivas, como bebidas alcohólicas y las drogas que estimulan el apetito sexual. Apartarnos de lugares solitarios con una mujer. Por ejemplo, evitar invitar a la casa a tu enamorada si sabes que estás solo. Lutero decía que no puedes dejar a un joven y una joven solos y esperar que nada pase; es como prenderle fuego a un pajar y esperar que no se quemé.

¡El cuerpo es para el Señor! Tu cuerpo se te ha dado por un motivo: para ser un instrumento para glorificar a Cristo. Ayudemos a los demás a mantenerse puros, dándoles los consejos anteriormente mencionados. Si tenemos nuestro cónyuge, hagamos todo pensando en nuestro cónyuge según la voluntad de Dios y no encapsulado en nuestro egocentrismo. Sirvamos a los otros ayudándolos a conservarse puros sexualmente.

## II. La vocación

La vocación puede entenderse de tres maneras diferentes. Puede referirse a la proclamación del evangelio (llamado a la salvación), al lugar al cual Dios nos ha llamado como sus hijos (ocupación) o el llamado al oficio de la predicación. La vocación tiene su origen en el griego; viene del sustantivo *klesis*. En su diccionario de las Palabras del Nuevo Testamento, William Barclay dice: Esta palabra tiene que ver con uno de los conceptos más básicos y fundamentales del NT. *Kalein* es un verbo que significa “llamar”; *klesis*, el sustantivo, significa “llamada”; *kletos* es un adjetivo que significa “llamado”. De modo que el marco de base para estas palabras es el llamamiento.

Algunos interpretan que vocación sólo es el llamado de Dios para servirlo dentro del ministerio; es decir, sólo para servir directamente proclamando su Palabra. Los Católicos Romanos en este aspecto hicieron una distinción de la vida profana y sagrada. Ellos consideraban que el servicio a Dios consistía únicamente en lo siguiente: quien guardaba las fiestas, quien rezaba, quien ayunaba, mientras que las demás ocupaciones simplemente eran profanas. Es que nuestra tendencia natural es buscar servir a Dios en lo extraordinario cuando debemos hacerlo en lo ordinario. Barclay en la interpretación de la palabra *klesis* dice:

La vida cristiana es un llamamiento al deber. El cristiano siempre es llamado para llevar a cabo una tarea. Dios está ofreciendo continuamente al cristiano algo que hacer. En la *República* de Cicerón (1.20, 33) se pregunta a Lelio: “¿Qué crees tú que deberíamos enseñar a las personas que tenemos que educar?” Y él responde: “Todas aquellas artes que nos hacen útiles a la patria”. Dios llama al cristiano para que sea útil en este mundo.

Dios llama al cristiano a un privilegio. *Kalein* y *klesis* están íntimamente asociados con la invitación a una fiesta, a un banquete, a dar a alguien la bienvenida a la mesa y al hogar. Dios llama al cristiano a que vaya y goce de su compañerismo, de su hospitalidad, del gozo y de la abundancia de ser su huésped. (*Palabras griegas del Nuevo Testamento*)

Por tanto, queda claro que la forma más apropiada de entender la vocación es como el lugar en el cual Dios te ha puesto para desempeñarlo fielmente, ya sea en una labor eclesiástica o una labor “profana”. La Confesión de Augsburgo menciona algunos ejemplos de cómo desempeñarnos fielmente en nuestro llamamiento “profano”: “el Padre de familia trabaje para sostener a su esposa e hijos y educarlos en el temor de Dios, que la madre tenga hijos y los cuide, que un príncipe y los magistrados gobiernen un país, etc.”. (*Libro de Concordia*: p. 45). San Pablo dice: “Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados” (Efesios 4:1). Se confirma: “Cada uno en el estado en que fue llamado, en él se quede” (1 Corintios 7:20). Queda claro que la vocación es el lugar donde nos ha puesto Dios y sólo debemos ser fieles a nuestro llamamiento. La vocación es lo que hacemos, o lo que se supone que tenemos que hacer, en nuestros varios llamados, pero para comprender la magnitud de esta enseñanza es esencial entender primero el sentido en el cual la vocación es obra

de Dios. Dios está ordeñando a las vacas a través de la vocación de la lechera, dijo Lutero. Según Lutero, la vocación es una “máscara de Dios”. Él está oculto en la vocación. Nosotros vemos a la lechera, o al granjero, o al doctor, o al pastor o al artista, pero, asomándose detrás de esta máscara humana, Dios está genuinamente presente y activo en lo que hacen para nosotros y en lo que hacemos para otros.

Martín Lutero llega a la siguiente conclusión como es resumido por Gustaf Wingren: “Una vocación es una ‘situación’ que por naturaleza es útil a otros si se sigue. Es importante resaltar que la vocación no se limita a un trabajo, sino incluye lo que Betcke llama las órdenes biológicas: padre, madre, hijo e hija”. (*Luther on vocation*: p. 4).

Una premisa que siempre debemos enfatizar es que la vocación tiene una ligazón especial con el servicio a los demás. En la cultura actual, el que sirve es considerado inferior; pero Jesús nos enseña a servir. Sus palabras son: “Como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir” (Mateo 20:28). Dios nos ha llamado a servir desde la posición en la cual nos encontramos. Qué bonita es la expresión “puedo ayudarte”, y más hermosa es hacerla. Jesús nos enseñó: “Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos” (Marcos 9:35). Además recordemos que Dios no necesita nuestra ayuda, mas nuestro prójimo sí.

Cuando nace un hombre, entra en el mundo lleno de oportunidades. Dios es fiel y justo. Llama a todos a vivir su especial vocación; a cada uno asigna un papel en la historia de salvación del mundo y asigna los medios necesarios para realizarlo. En su poder gobierna el mundo según la ley de la variedad. No se repite jamás. Dios enriquece a cada uno de los llamados con precisa, exclusiva, absoluta y nueva identidad, trazando en cada caso un camino único e irrepetible.

En este derrotero, Martín Lutero hace un contraste entre la vocación y la imitación: “Cada uno debe hacer su propio trabajo, sin mirar al otro o tratar de copiarlo. A Cristo no se le debe imitar, sino aceptarlo por la fe, porque Cristo también tuvo su oficio especial para la salvación del hombre, un oficio que nadie más tiene”. (*Luther on Vocation*: p. 172)

Por ello, es sumamente difícil escribir un manual sobre cómo debemos responder en nuestra vida. La vida cristiana no es aprenderse un conjunto de cortesías, sino servir a los otros desde la posición o la situación en la cual nos encontramos. Por ejemplo, analicemos cómo enfrentaron los tres personajes de la Parábola del Buen Samaritano esa situación que les tocó vivir frente a un hombre mal herido. Éstos son: un sacerdote, un levita y un samaritano. Los dos primeros personajes simplemente pasaron de largo al ver al hombre tirado a un costado del camino. Quizá alguno pueda pensar que estaban muy apurados porque tenían que llegar al culto, pero no es así. El texto bíblico dice que descendían; es decir, estaban ya regresando del lugar de adoración que por excelencia era Jerusalén. Juan Carlos Cevallos considera que:

Aparentemente, no prestaron auxilio a aquel desdichado por temor a la contaminación ceremonial, porque quizá creyeron que estaba muerto. Es posible que se protegieran aún de la sombra del supuesto cadáver, porque los fariseos creían que hasta aquello podría contaminarlos. Sus leyes ceremoniales pudieron más que la compasión. El modelo de Jesús precisamente ha sido lo contrario: tocó al leproso, a los muertos, a una prostituta, y más. (*Comentario Bíblico Mundo Hispano*: p.198)

En cambio la actitud del samaritano fue distinta. Actuó movido por la misericordia. No pensó en leyes, no pensó si no era su compatriota. Sólo vio a un hombre maltrecho que necesitaba su ayuda. Sirvió a su prójimo desde la situación en la cual se encontraba. Esto es un modelo en nuestra vocación. Cuando algo nos toca vivir, respondamos como cristianos de corazón, no de nombre. No según la ley y el qué dirán, sino según el amor y la misericordia.

Otro ejemplo podemos ver en la actitud de José, a quién la Biblia cataloga de “justo” (Mateo 1:19). José, al darse cuenta que María estaba embarazada cuando aún él no la había tocado, no podía simplemente cubrir su acción casándose con ella, como si el hijo era suyo; pero tampoco quería exponerla a la condena pública, pues recuerden que según la ley judía ella podría haber sido apedreada. Para evitarlo, decidió separarse de ella secretamente, sabiendo que esta acción acarrearía para él toda la habladuría y la crítica. Casi todos dirían: “No se ha querido responsabilizar de su hijo. Es un mal hombre”. Pero aun sabiendo todas las consecuencias, José quería apartarse secretamente de ella. Eso es actuar por amor. José conocía la ley, pero actuó por amor.

Dios nos ha puesto en una labor, y desde allí debemos servirlo. Dios tiene un plan para cada uno de nosotros. Cada ser humano es único e irrepetible. Cada persona ha sido creada para ser una lumbrera y alumbrar la gloria de Cristo. Nosotros no tenemos luz propia; sólo tenemos que reflejar la luz que es Cristo Jesús. Reflejémoslo. Nadie ve a Dios naturalmente, pero nos ven a nosotros, por lo cual es menester que seamos la máscara de Dios para los demás. Seamos hijos por medio de los cuales puedan alabar y no maldecir a nuestro Padre celestial. Sirvamos a los otros cumpliendo fielmente en la vocación a la cual hemos sido llamados.

### **Las vocaciones cristianas**

Las vocaciones son múltiples. Lutero habló de los llamamientos de Dios en términos de tres instituciones que Dios ha establecido, junto con un cuarto ámbito de actividad humana. Un tratamiento particularmente abreviado sobre este tema se puede encontrar en *La Confesión de Augsburgo* de 1528. Después de criticar al monasticismo, por el cual algunos piensan que pueden recibir la salvación por mérito, contrasta estas órdenes concebidas humanamente con las órdenes diseñadas por Dios mismo. En el mencionado texto se habla de las tres órdenes instituidas por Dios: el oficio sacerdotal, la familia y el gobierno civil.

Todos aquellos que están involucrados en el oficio pastoral o en el ministerio de la Palabra, se hallan en una orden y ocupación honesta y santa. Esto agrada a Dios en gran manera, mientras predicán, administran los sacramentos, presiden sobre los fondos para los pobres y dirigen a los diáconos y otros siervos que ayudan en tales labores, etc.

Por otro lado, aquellos que son padres y madres, quienes gobiernan bien sus hogares y que procrean hijos para el servicio a Dios también se hallan en un estado verdaderamente santo, haciendo una obra santa y siendo miembros de una orden santa. De la misma manera, cuando los hijos o los siervos son obedientes a sus padres o amos, esto también es una verdadera santidad y aquellos que vivan en tal estado son verdaderos santos en la tierra.

Finalmente, los príncipes y gobernadores, jueces, oficiales y cancilleres, empleados, siervos y siervas, y todos los demás criados, así como también todos los que ofrecen el servicio que deben rendir, se hallan todos en un estado de santidad y están viviendo vidas santas delante de Dios, porque estos tres estados u órdenes están todos incluidos en la palabra y el mandamiento de Dios. Cualquier cosa que esté incluida en el orden de Dios debe ser santa, pues la Palabra de Dios es santa y consagra todo lo que toca y todo lo que incluye.

Por sobre estos tres estados y órdenes se halla el orden común del amor cristiano, por el cual ayudamos no sólo a aquellas personas que pertenecen a estas tres órdenes, sino en general a cualquiera que tenga necesidad, como cuando alimentamos al hambriento y damos de beber al sediento, etc., así como cuando perdonamos a los enemigos, oramos por todos los hombres en la tierra, sufrimos todo tipo de males en nuestra vida terrenal, etc.

### III La caridad cristiana

El término caridad viene del latín *caritas* y es traducido del griego *ágape*. Pero en cuanto a don, la caridad cristiana es mencionada en la Epístola a los Romanos 12:8, cuando se refiere a “el que hace misericordia, con alegría”, y anima a quien lo tenga: “el que reparte, con liberalidad”. La RVR 95 traduce esta expresión así: “el que reparte, con generosidad” (*ho metadidous en aploteti*).

La expresión “dé con generosidad” es muy abundante en su significado. El vocablo griego *metadidous* viene de un verbo que significa hacer participar a alguien de algo. En el diccionario de Alfred Tuggy da como significado: compartir, dar, impartir, distribuir, contribuir. En el texto de Lucas 3:11 se puede dar el significado de compartir. La idea central del vocablo es la de dar o compartir con otros lo que se tiene, a fin de mitigar sus necesidades.

El vocablo griego *aploteti* significa con sencillez, generosamente, con liberalidad. Es un término muy usado por Pablo en el sentido de un dar abundante y generoso (2 Corintios 8:2). La palabra también puede ser traducida “con sinceridad” o “con todo el corazón” (“con integridad de corazón,” Col. 3:22). Podemos ilustrar mejor con *El Testamento de Isacar*:

Y mi padre me bendijo, viendo que yo me conducía con sencillez (*haplotes*). Yo no era entremetido en mis acciones, ni malintencionado, ni envidioso con mi prójimo; no hablaba mal de nadie ni atacaba la vida de nadie, sino miraba a la gente con sinceridad (literalmente: con *haplotes* de mi ojo). Proveía de las cosas buenas de la tierra a los pobres y afligidos con sencillez (*haplotes*). Una persona sencilla (*haplús*) no desea oro, ni seduce a su prójimo.

Muchas personas dan como resultado de la obligación, y no como el fruto de una actitud sincera que va más allá de todo cálculo o especulación. Muchos lo hacen porque, bueno, así exige la vida cristiana porque ser caritativo es el sello del cristiano. Pero la Palabra de Dios manifiesta: “Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre” (2 Corintios 9:6). El sello del cristiano no es dar, sino darlo de corazón y con alegría.

Muchas personas se sienten extraordinarias cuando han hecho una pequeña acción meritoria y alardean de esta acción como algo de lo que deban enorgullecerse. Cuando nosotros obramos así, tales obras no son hechas por amor verdadero, sino por ego; son realizadas para ganar el reconocimiento de los demás y mostrar a la gente lo buenos que podemos llegar a ser. En esos momentos, no somos realmente amorosos, no somos hijos de luz sino de tinieblas, no somos cristianos sino fariseos. La palabra de Dios dice:

Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público. (Mateo 6:1-4)

La verdadera caridad procede de un corazón santificado. Pablo hace referencia de ello: “El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad” (Efesios 4:28). No dice: “vuélvete un honrado trabajador para que puedas mantener tu casa”; dice: “conviértete en un hombre trabajador para que puedas tener algo que darles a los que son más pobres que tú. No digamos: Alma, ya tienes suficiente para ti, sino: Alma, te falta para tu prójimo”.

Todo creyente tiene la responsabilidad de dar y compartir con otros lo que recibe del Señor. Recordemos que sólo somos mayordomos, ya que todo lo que tenemos le pertenece a Dios por lo cual debemos ser generosos en nuestro dar. “El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará.” (2 Corintios 9: 7). No se debe esperar a que se presenten situaciones para vivir actos espectaculares de caridad; siempre hay oportunidades. Como dice uno de nuestros himnos: “Puedes encontrar hambrientos en tu puerta que auxiliar” (*Culto Cristiano*. 263).

La caridad es un don de Dios que permite amar en una medida superior a las posibilidades humanas. La caridad es amar como Dios; claro está, no con su perfección, pero sí con su estilo. El estar hechos a imagen y semejanza de Dios nos da la capacidad de amar a nuestro prójimo sinceramente. Dice Juan Crisóstomo al respecto: “Nada puede hacerte tan imitador de Cristo como la preocupación por los demás. Aunque ayunes, aunque duermas en el suelo, aunque por así decir te mates, si no te preocupas del prójimo poca cosa hiciste, aun distas mucho de la imagen de Dios” (*Homilía sobre la epístola a los Corintios*).

La caridad es el fruto concreto y plausible del cristiano. Sin caridad no hay frutos verdaderos. La caridad no es la búsqueda de la propia satisfacción, sino ante todo el servicio a los demás. No sólo busquemos el bien de nuestra familia, amigos y hermanos espirituales, sino también para con los de fuera, incluso de nuestros enemigos. Recordemos que la gente no ven nuestro corazón, pero pueden ver nuestras acciones. No ven nuestros deseos, pero pueden ver nuestra ayuda. Relacionado con este tema Tertuliano dice:

La práctica de la caridad es lo que nos caracteriza delante de los demás. Porque ellos están más bien dispuestos a matarse. En cuanto al nombre de hermanos con que nosotros nos llamamos, ellos se forman una idea falsa, ya que entre ellos los nombres de parentesco son únicamente expresiones mentirosas de afecto. Por derecho de la naturaleza, nuestra madre común, también nosotros somos vuestros hermanos..., pero, ¡con cuanta mayor razón son considerados y llamados hermanos los que reconocen a Dios como a único Padre, los que beben del mismo Espíritu de santidad, y los que, salidos del mismo seno de la ignorancia, han quedado maravillados ante la misma luz de la verdad! (*Apológico*, 39).

Quizás no tenga pan con que socorrer al necesitado; pero quien tiene lengua dispone de un bien mayor que puede distribuir; pues vale más el reanimar con el alimento de la Palabra al alma que ha de vivir para siempre, que saciar con el pan terrenal el cuerpo que ha de morir. Por lo cual nadie piense que sólo proporcionar bienes materiales es caridad. Es más, nosotros creemos que lo fundamental en la caridad es ofrecerles los bienes espirituales.

Por tanto, las ofrendas son expresión de nuestra respuesta agradecida a las bendiciones de Dios. Nuestras ofrendas entregadas a la iglesia son los recursos con que la iglesia cuenta para el cumplimiento de su misión en el mundo. Nuestras ofrendas son importantes porque hay muchas personas que necesitan de nuestra caridad. En este momento, hay muchas personas que son miserables, listas para ser el arbusto en el fuego eterno. Ellas necesitan de nuestra ofrenda. Necesitan escuchar el evangelio para pasar de la muerte a la vida.

Nadie tiene demasiado para dar; pero haremos bien en recordar que el ideal cristiano es el trabajar, no para amasar riquezas, sino para compartir con los menos afortunados. Se cuenta de un hombre que iba recogiendo hojas para comer y pensaba que él era el más miserable, pero cuando volvió los ojos atrás vio que otro venía recogiendo las hojas que él desechaba. Siempre a pesar de nuestra pobreza tenemos algo que compartir. Por tanto, sirvamos a los demás con lo que tenemos.

El Espíritu Santo nos ha capacitado para vivir en santidad. Vivamos ayudando a los otros, que es el sello del cristiano. Ayudemos a los demás. Cada uno sea fiel a su vocación. El fuerte sea protector del débil, el débil respete al fuerte; el rico dé al pobre, el pobre dé gracias a Dios por haberle deparado quien remedie su necesidad. El sabio manifieste su sabiduría no con palabras, sino con buenas obras; el humilde no dé testimonio de sí mismo, sino deje que sean los demás quienes lo hagan. El que es casto en su cuerpo no se gloríe de ello, sabiendo que es otro quien le otorga el don de la continencia. Toda la gloria sea al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Amén

## **BIBLIOGRAFÍA**

BARCLAY, William. *Comentario al Nuevo Testamento*. Tomo X. Barcelona, Editorial CLIE, 1995.

Palabras griegas del Nuevo Testamento: su uso y su significado. El Paso, Texas, Casa Bautista de Publicaciones, 2000.

CEVALLOS, Juan Carlos y Rubén Zarsoli. *Comentario Bíblico Mundo Hispano*. Tomo 16: Lucas. El Paso, Editorial Mundo Hispano, 2007.

GONZÁLEZ, Justo. *Historia del Cristianismo*. Tomo I. Miami, Editorial Unilit, 1994.

LANGE, Lyle W. *La Santificación: vivo en Cristo*. Milwaukee, Editorial Northwestern, 2005.

LIBRO DE CONCORDIA: Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana. Andrés Meléndez (Editor). St. Louis, Editorial Concordia, 2000.

LUTERO, Martín. *Obras de Martín Lutero*. Tomo I. Buenos Aires, Editorial Paidós, 1967.

MUELLER, Juan Teodoro. *Doctrina Cristiana: Manual de teología doctrinal para Pastores, Maestros y Legos*. San Luis, Editorial Concordia, 1973.

TUGGY, Alfred. *Léxico griego-español del Nuevo Testamento*. El Paso, Editorial Mundo Hispano, 1996

VIVES, José. *Los Padres de la Iglesia*. Barcelona, Editorial Herder, 1988.

WINGREN, Gustaf. *Luther on Vocation*. Philadelphia, Muhlenberg Press, 1957.

[www.modernreformation.org](http://www.modernreformation.org).